

LINDAURA ANZOATEGUI DE CAMPERO

en el año 1815

Episodio histórico de la

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

LA MADRE

LEYENDA

por

El Navel

POTOSI, 1891

I

—Oye, mi Luisa, decía la joven señora Emilia v. de Ceiba, á su linda niña: acaba de cumplir trece años, y es tiempo ya de que olvides tus caprichos de niña mimada, y sepas dominar tus impertinencias con alguna de las personas que nos visita.

—¿Mis impertinencias, mamá?

—Te he advertido mas de una vez cuanto me aflije las que haces sufrir á un buen amigo nuestro.

—¿Hablas de D. Cárlos?... Es el hombre mas antipático que conozco.

—Vamos, querida mia, razonemos un poco. Ven á mi lado y esplicame francamente el motivo de esa antipatia, que me aflije tanto, hácia un caballero Cárlos, que se muestra tan solícito afectuoso conmigo.

—Pues... por eso mismo ...

—¿Será posible? ...¿Lo aborreces, Luisa, porque es un excelente amigo nuestro?

—¡Oh! no ... Mira, mamá, no me exijas que hable ... temo causarte, pena: ¿quieres?

—Mayor disgusto me ocasionaria tu reserva; yo quiero, yo deseo que como siempre, seas franca, bien franca conmigo. Dime, pues, la causa que te hace ser tan dura y tan esquiva con D. Cárlos.

—Los garzos y espresivos ojos de la niña se fijaron en el lindo rostro de su madre, y despues de un momento de vacilacion, se arrojó á su cuello murmurando:

—Temo que tú lo quieras mas que á mí.

Una nube de inquietud oscurecio la frente de Emilia.

—¡Loquita!, exclamó, procurando sonreirse. ¿Estas, pues, celosa de D. Cárlos?

—Sí, mamá.

—¡Qué idea!

—¿Recuerdas que hace tres años tenerme por tu único amor sobre la tierra?

—Y ya ves que, hasta hoy, o he faltado á mi promesa.

—Hasta hoy sí; pero D. Cárlos es tan bello y s muestra tan amable... que tú acabarás por quererlo. Y es por eso, mamá, es por eso que yo me muestro desagradable con él, concluyo Luisa, ocultando su enrojesido rostro en el seno de su madre.

Emilia se estremeció angustiosamente; y mientras cubria de besos la hermosa cabeza de Luisa, su mirada se veló de lágrimas. Dominando su penosa emociion, tomó entre las suyas las manos de su hija, y le dijo con voz seria y resuelta:

—Tranquilízate, ángel mio: no violentaré tus sentimientos, confiando en que el tiempo te demostrará su injusticia. Mi única ambicion se cifra en tu felicidad; y serás feliz, yo te lo prometo. En cambio, exijo que te muestres suave y buena con D. Cárlos. ¿Lo harás así mi Luisa? ¿verdad?

—¡Oh! sí, mamá; te lo juro y con toda mi alma, exclamó vivamente la niña.

Los pasos de una persona que se aproximaba, hicieron volver á ambas la cabeza:

—¡Ya!, murmuró Emilia.

—¡Eh!, exclamó Luisa; y desprendiéndose de los brazos de su madre, corrió á ocultar su confusion.

II.

Era Cárlos un apuesto caballero, tez morena, rizada cabellera y negros ojos, cuya mirada franca y expresiva, se fijó con respetuosa ternura en el rostro de Emilia, mientras ella le abandonaba una de sus blancas y bien modeladas manos.

—Me he anticipado un poco á la hora fijada por U. Emilia, para la entrevista que solicité de U. anoche, le dijo, rehusando con una lijera inclinacion la silla que le señalaba la jóven, porque temia que guardándola en mi poder, no llegase lozana y bella á manos de U. esta brillante camelia, cuya posesion ambicionaba U. tanto anoche en el baile.

—El pretesto es delicado, contestó sonriendo Emilia, mientras colocaba la hermosa flor entre sus sedosos y espléndidos cabellos, y me obliga á perdonar á U. esa anticipacion de algunos momentos. Pero supongo que no querrá U. quedarse de pié mientras dure su agradable visita.

—Perdone U., dijo Cárlos con acento serio y triste, es una entrevista la que se ha dignado concederme...

—Sí. ¿Y qué?...

—Y el asunto que debo tratar en ella, asunto que U. sospecha, Emilia, puesto que los sentimientos de mi corazon hace tiempo que no son un misterio para U., necesita ser escuchado con calma y circunspeccion, sin ser interrumpidos.

Las mejillas de la jóven se tiñeron lijeramente. Quedó un momento indecisa, pero levantándose con resolucion, dijo á Cárlos:

—Pasemos á mi habitación particular: allí solo yo podré escucharlo.

Y con el corazon que le latia violentamente, Emilia seguida del jóven entró á un precioso cuartito, en el que todo revelaba el gusto delicado y aristocrático que, en lo general, caracteriza á nuestras mujeres cultas é inteligentes. Tomó asiento en un confidente, y Cárlos se sentó á su lado. Reinó entre ambos un momento de silencio.

—Emilia, dijo el jóven tomándole ambas manos entre las suyas, trémulas y ardientes; U. sabe que la amo, que la amé con pasion desde el instante en que la conocí. Hacia dos años que habia perdido U. á su esposo, y aunque mi amor no podia, no puede ofenderla, su conducta reservada é incomprensible, me hace sufrir un infierno. Y U. me ama, Emilia lo sé, lo sé... ¡Oh!, por piedad, no me quite U. esta certidumbre, que es mi vida, que es toda mi esperanza. ¿Verdad que me ama U., Emilia?

—Y si así no fuese, ¿escucharía á U. como hasta aquí?, murmuró la jóven, levantando sus velados ojos sobre Cárlos. Sí, hace un año que recién llegado U. de Europa al seno de su familia, lo conocí, lo estimé y ... lo amé, Cárlos! ... No, no me interrumpa U., porque siento yo tambien la necesidad del ser franca, de revelar á U. mis sentimientos. ¡Conoce U., mi historia, Cárlos?

—Sé que á los trece años quedó U. huérfana; sé que el buen tio, que quedó á cargo de U., niña, bella y rica lleno de temores y escrúpulos, la casó, apenas adolescente, con un hombre digno, que la aventajaba inmensamente en edad. Sé que este hombre la adoró, como lo merecía, y que despues de once años de gozar con U. un cielo, la dejó mas bella y mas adorable que nunca. ¿Estoy al cabo de su historia Emilia?

—Historia un poco adulatora, Señor mio, contestó sonriendo la jóven U. conoce lo que conoce todo el mundo, Cárlos; pero yo voy á revelar á U. lo que solo yo conozco; lo que una mujer solo revela al bien amado de su alma.

—¡Emilia! ¡Emilia!, murmuró Cárlos, palpitante de ventura y de esperanza.

—No se anticipe U. á agradecerme, le interrumpió Emilia, con acento triste, porque esta clase de personales confidencias, las hace una mujer cuando necesita en cambio exigir un sacrificio.

—Todo, todo, menos el de amor, Emilia.

—Escuche U., pues Cárlos mi historia íntima, la historia de mi corazon; y si queda U. satisfecho, prométame no encontrar imposible una exigencia mia.

—Un momento, un momento aun, Emilia. Antes de asentir á ese compromiso, quiero saber si él pondrá trabas á los sentimientos de mi corazon.

—No, no Cárlos.

—¿Y contaré siempre con que ellos seguirán correspondidos?

—¡Siempre!, contestó la jóven con acento firme y clavando su leal mirada en los ojos de su amado.

III.

—Yo no pude amar de amor al distinguido y respetado caballero á quien, apenas cumplidos los 14 años de edad, unieron mi suerte, dijo Emilia con la cabeza inclinada para disimular el rubor que montaba á su frente tersa y pura. En cambio, la profunda estimacion que supo inspirarme, bastó para adormecer las exigencias de mi corazon, haciendo de mi una esposa leal y afectuosa. Cuando conocí á U., Cárlos, comprendí, y solo entónces, el despertamiento á la vida de la sensibilidad, á la existencia del amor; y ¿por qué no confesarlo hoy dia?, hice á U. dueño de un corazon que hasta los 27, habia permanecido vírgen é indiferente á esa pasion avasalladora. ¿Quiere U. mayor franqueza en mis labios, Cárlos?

El jóven habia doblado las rodillas ante Emilia, y estrechaba silencioso y trémulo contra sus labios las frias y agitadas mano de su amada.

—Y ahora, prosiguió Emilia con voz baja y rápida, ahora que por medio de esta confesion, tan penosa para una mujer, hago á U. árbitro de mi destino, solo pido á U., Cárlos, que se aleje... que se aleje U. de mi lado.

El jóven levantó la cabeza atónito y turbado.

—Yo viviré con el recuerdo de su amor, murmuró Emilia, y U. con la seguridad del mio. Pero su ausencia... su ausencia es indispensable.

Cárlos se puso de pié, y una amarga sonrisa plegó sus labios.

—Escuche U. á su vez, Emilia, dijo con voz baja y reconcentrada. Al venir aquí trage la incontrastable resolucion de obtener de U. la publicidad de nuestro amor por medio de lazos leales é indisolubles, porque sus reticencias y el misterio de que U. queria rodearla, han torturado hondamente mi alma. Y ahora que sé, que tengo la evidencia de ser amado, ¿supone U. que me doblegue á su inconcebible exigencia?

—¡Cárlos, murmuró Emilia, estrechándose angustiosamente las manos. Acaba U. de prometerme...

—Yo prometí someterme á los racional, á lo justo, Señora, y nó aun cruel capricho de coqueta.

—¡Amado mio, exclamó con tono de reconvencion la jóven, mientras dos lágrimas se deslizaban por sus pálidas mejillas.

Cárlos cayó anonadado cerca de Emilia.

—No, yo no comprendo nada, murmuró con amargura. Ella sufre tanto como yo... y me manda que la abandone!... Dímelo, dímelo, Emilia, exclamó con rabia: di que hay un misterio... un misterio espantoso que se opone á nuestro enlace.

—¿Y si te dijera que sí, amado de mi alma?, contestó suavemente la jóven, poniendo sus manos sobre los hombros de Cárlos. ¿Si te dijera que hay... que soy víctima de una invencible debilidad de corazon?...

—Habla... dí... exclamó violentamente el jóven.

—¿Si te confesara, al fin que temo ser la mas desventurada de las mujeres, si antes de santificar nuestro amor no tuviera la plena evidencia de tu constancia y de tu fidelidad?

—Cárlos en el colmo de la sorpresa, siguió interrogando con la mirada:

—Lo sé, lo conozco: á los 28 años ninguna muger puede llamarse jóven, y... y sufro horribles celos al imaginarme que despues... otra mas jóven... otra mas bella...

La voz se anudó en la garganta de Emilia, y sus comprimidos sollozos estallaron en un silencioso llanto. Cárlos tomó nuevamente sus manos, y atrayéndola á su seno, le dijo con voz suave y apasionada.

—Yo no quiero que sufras... Júrame que ése... ese solo motivo te obliga á imponerme tan dura condicion y... te obedezco.

—Lo juro, dijo Emilia, dirigiéndole una intensa mirada de gratitud y de ternura.

—Tengo completa fe en tu lealtad y en tu pureza, amada mia... Acepto la prueba á que quieres someter mi amor... Pero al volver triunfante de ella, júrame tambien que, sin mas retardo podré llamarte mia.

—Tuya, tuya para siempre, exclamó Emilia, con el acento de la seguridad y de la pasion.

Cárlos se puso de pié y tomó su sombrero.

—¿Será luego el destierro á que me condenas?, le preguntó con tristeza.

—¡Oh! no... Mira... la prueba es tan dolorosa para mí, que no sé si tendré valor para prolongarla... Yo te llamaré cuando crea bastante.

—Mañana parto, murmuró Cárlos inclinándose para depositar un último y apasionado beso sobre la perfumada cabellera de Emilia.
Momentos despues abandonaba la casa.

—Mi cabeza arde, se decia. Hay en la conducta de Emilia un misterio que me anonada; pero ella es buena y noble, y no puedo temer que abrigue nada bajo ó indigno... Sea cual fuere la razon de

su exigencia, yo le probaré que mi corazón no puede ni quiere cambiar... Mas ¿quién me responderá del suyo?...

Y Emilia, con los ojos enrojecidos por el llanto, murmuraba:

—¡No y bello corazón!... ¿Cómo podrá traducir mi exigencia? Pero yo no podría revelar la causa sin lastimar profundamente su alma y alejarlo de mi Luisa... Yo confío en que nuestro sacrificio no será estéril: no. Su ausencia es necesaria para adormecer las sospechas de mi hija y combatir sus antipatías, que me hacen tan desgraciada. Haré tanto, tanto, que Luisa acabará por conocerlo y por amarlo; y entonces, ¿qué puede ya oponerse á nuestra felicidad?

IV.

Ha pasado un año desde las escenas relatadas en los capítulos anteriores. Carlos cumplió religiosamente su promesa y marchó de viaje: Emilia y su hija se retiraron poco tiempo después á una hermosa propiedad de campo, distante algunas leguas de la ciudad. Allí volvemos á encontrarlos, durante una tibia y tranquila tarde de primavera.

Emilia lleva impreso en su suave rostro, la huella de noches de insomnio y de días de ansiedad. Luisa ha tenido un rápido desarrollo físico, y á él debe atribuirse sin duda, la palidez de sus mejillas y la falta de sonrisas en sus descoloridos labios.

Sentada en una galería cerrada con vidrios, cuyas gradas conducen al hermoso huerto, y desde la que abarca la vista un largo espacio del camino que conduce á la ciudad, Emilia se ocupa en una labor de manos, volviendo de vez en cuando la cabeza para salvar alguna duda de su hija que, en un extremo, escribe sus ejercicios de francés.

Al sonoro timbre de las campanas del péndulo, colocado en la pared, Emilia se incorporó con viveza.

—¡Las seis!, exclamó sorprendida.

—Y aun no parece el propio que fué á la ciudad por el correo, dijo Luisa, completando el pensamiento de su madre.

—¡Cierto! ¿Tú también deseas recibir noticias, mi Luisa?

—Si, mamá; porque veo el placer que algunas cartas te causan.

—¡Ah!; ya veo venir al mozo. Corre, corre, hija mía, y tráeme las comunicaciones.

Momentos después colocaba la adolescente sobre una mesa un voluminoso paquete, que Emilia abrió con mano nerviosa, separando impacientemente, sin abrirlas, varias cartas.

—Mira, mamá, exclamó Luisa; este sobre es de letra de D. Carlos.

Tomó Emilia la carta, y disimulando su turbación, la abrió. A sus pies cayó una tarjeta que se apresuró á recoger la adolescente.

—¡Oh!, dijo con entusiasmo, ¡cuan bello está! Es su retrato, madre mía.

La joven contuvo los latidos de su corazón, mientras contemplaba á su vez el rostro varonil de su amado.

—¿Qué te dice en su carta?, preguntó impaciente Luisa. Siempre me haces un misterio de ellas, y nunca me permites que las lea: debo escribir muy bien Don Carlos.

Sonrió Emilia y le contestó:

—Ya no tardarán en acabar esos misterios que mortifican tu curiosidad.

—¿Me lo prometes?

—Si, ángel mio?

—¡Qué dicha!... Y ahora, cuéntame, pues, lo que te dice en su carta.

—Me anuncia que en breve estará ya de regreso.

—Y mas bello de lo que se fué; ¿no te parece, mamá?

—De suerte que, cuando lo veas, como han cesado tus injustas prevenciones contra él, te mostrarás buena y amable; ¿verdad, Luisa mia?

Las mejillas de la adolescente se tiñeron de un vivo encarnado, y para eludir la contestacion, se puso á arreglar afanosamente los papeles.

A la hora del té, la preocupacion de Emilia era visible; Luisa la sacó de ella, preguntándole de improviso:

—Mamá, ¿cuándo piensas preparar nuestro regreso á la ciudad?

—Pero... yo no sé.

—¿Te contrariaria que fuese luego?

—No tal; mas, como tú pusiste tanto empeño en prolongar nuestra permanencia aquí, dejo á tu voluntad la época del regreso.

—¿Vendrá aquí D. Cárlos?, preguntó de nuevo Luisa, despues de un momento de vacilacion.

—¡Oh!, sin duda que no, exclamó sorprendida Emilia.

—¿Por qué mamá? ¿No me repites siempre que es un buen amigo nuestro?

—Cierto que si; y por lo mismo, no queria ponernos de blanco á las lijeras y malignas apreciaciones de la sociedad.

—¿Apreciaciones malignas?

—Sin duda, hija mia, puesto que yo no puedo llamarme una vieja y tú empiezas á ser jóven.

—¡Oh! yo, murmuró sonrojándose la niña, tengo la misma edad que tú cuando te casaste.

—Pero, ¡já Dios gracias!, no estás en las tristes circunstancias en que yo me ví, huérfana y aleccionada por la desgracia.

Luisa se arrojó en brazos de su madre, y, con gran sorpresa de ésta, prorumpió en sollozos. Emilia calmó la agitacion nerviosa que atribuía á su hija, colmándola de besos y caricias.

V

La carta de Cárlos á Emilia, decía así: "Cuan feliz me ha hecho, amada" mia, la lectura de tu última "esquelita! "Ven, me dices, ven á mi "lado para recibir la débil recompensa" que puedo dar á tu abnegacion: he" trabajado tanto en destruir el obstá"culo que entorpecía nuestra dicha, "que Dios,

al fin, ha premiado mi sacrificio. En una de nuestras íntimas expansiones, lo sabrás todo". Y "vuelo á embriagarme de nuevo en tu mirada... Tres semanas mas de "ausencia, y me tendrás á tu lado, "para decirte despues de un año de "ruda prueba: te amo hoy como te "amé el primer dia: nada ni nadie "podrá oponerse en adelante á nuestro" amor!"

La jóven sintió latir con violencia su corazón, cuando aquella noche, á solas, en su casto lecho, leyó pausadamente y una y otra vez aquellas apasionadas líneas.

—Si: seré suya, suya para siempre, murmuró, elevando al Cielo una mirada de gratitud. Mi constancia ha vencido completamente las prevenciones de mi Luisa; y ahora lo ama como al mejor y mas perfecto de los hombres: su sensible corazon no sufrirá ya al darle el dulce nombre de padre.

—Y sonriendo dulcemente á sus ensueños, Emilia se entregó esta vez sin reserva al reposo.

Al dia siguiente expresó Luisa su deseo de regresar a la ciudad.

—¡Caprichocilla!, le dijo Emilia.

Hace pocos dias que, al oirte, se hubiera creido que deseabas pasar tu vida aquí, entre los árboles y las flores.

—¡Bah!, contestó Luisa con cierta turbacion: todo cansa al fin, y esta soledad... Pero si tú...

—No, no, querida mia; ya sabes que no tengo mayor placer que complacerte.

—Así es que nos iremos pronto, ¿dí mamá?

—Es bastante difícil arreglar antes de tres semanas nuestro regreso.

—¿Por qué, pues?

—Porque es probable que en mucho tiempo, no volvamos á visitar esta propiedad; y para tal evento, necesitamos dejarlo todo en orden, arreglar cuentas y dar instrucciones escritas al mayordomo.

La vivacidad nerviosa con que la linda adolescente se consagró á ayudar á su madre en los referidos arreglos, era visible.

Por último: llegó la víspera del dia señalado para la marcha, y notó Emilia con satisfaccion el sonrosado color de las mejillas de su hija, y la vivacidad de su mirada.

—Dí mamá, preguntó con algun embarazo Luisa; ¿crees tú que ya encontraremos en la ciudad á D. Carlos?

—Es probable que sí, contestó, ligeramente ruborizada Emilia.

—¿Es que en su carta no te señalaba con seguridad el dia de su llegada?

—No, querida mia... Y á propósito, ya que hablamos de D. Carlos, ¿sabes que no he podido dar con el retrato que nos envió?... Probable es, continuó la jóven madre, sin notar que Luisa se habia colocado empeñosamente ante sus cuadernos de estudio, que ya esté arreglado en alguno de los baules, y lo encontremos á nuestro arrivo á la ciudad.

Notando la turbacion de la niña, se aproximó a ella, y asiéndola con ternura, la tomó de las manos y la obligó á ponerse de pié.

—¡Qué bella van á encontrarte nuestros amigos!, exclamó, con un arranque de maternal orgullo. Por eso no permitiré ya que esos mis lindos ojos trabajen tanto y se fatiguen. Vete, vete á descansar, Luisa mia; son ya las nueve, y mañana hay que madrugar para emprender la marcha.

—Y tú, ¿no te acuestas?

—Aun nó: tengo que terminar las instrucciones que dejo al mayordomo, y voy á escribirlas en la galería, donde hace menos calor. Deja entornada solamente la puerta de tu cuarto, para que yo pueda entrar al mio sin despertarte. Buenas noches, ángel querido.

VI.

La temperatura era pesada y bochornosa: Emilia, una vez en la galería corrió uno de los vastidores de las vidrieras para dar paso á las brisas, que murmuraron entre los frondosos árboles del huerto; y cruzando los brazos sobre la baranda, abandonó el rostro á sus caricias.

Poco á poco, acostumbrándose su mirada á las sombras de la noche, creyó distinguir una persona que abanzaba rápidamente por entre los árboles; y ya sus labios se entreabrian para dar un grito de alarma...

—¡Emilia!, exclamó una voz que tenia el poder de sacudir todas las fibras de su cuerpo.

—¡Cárlos!, articuló la jóven; y en el primer impulso irreflexivo de su alma, se lanzó á su encuentro.

Por un momento, bajo las sombras del follaje, los dos amantes, mudos y estremecidos, confundieron sus alientos y el precipitado latido de sus corazones; pero Emilia, por un supremo esfuerzo, se desprendió de los brazos de su amado.

—¡Calla!, murmuró éste á su oído. Sé que te preparas á reprochar mi venida; no me lo digas, porque yo acepto tu reproche con la misma resignacion con que acepté tu cruel destierro. Pero, ¿podia o esperarte tranquilamente en la ciudad, cuando la veloz carrera de mi caballo me ponía aquí en breves horas?... Hace rato que, guiado por la luz de esa galería, me coloqué al pie esperarte, porque el corazón no me engaña nunca, y él me aseguraba que te vería... Y ahora, ordéname que parta, llevándome el secreto de nuestra entrevista... Pero ¡no!, no me lo ordenes aun ... no podria obedecerte... ¡tengo tanto, tanto que decirte!

Y todo esto lo murmuraba sin concierto, con acento que revelaba su exitacion, rápida y apasionadamente; y la jóven sentía que el aliento de Cárlos enrojecía su frente, que el brillo fosforescente de su mirada la subyugaba, que la embriaguez de una pasión, tan largo tiempo comprimida, se adueñaba irresistible de todo su ser, un momento mas... y su larga y heróica lucha, sería estéril! Así lo comprendió Emilia, y apoderandose de aquella ténue ráfaga de razón, retrocedió murmurando apenas:

—Ven, Cárlos mio, ven: todo duerme en casa. Necesito contemplarte allí, donde los claros destellos de la luz, me muestren toda tu belleza.

—¿Luz?... ¿la necesitas tú?, articuló balbuciente Cárlos: no, amada mia, yo te veo mejor al solo fulgor de las estrellas.

—¡Cárlos!, dijo Emilia, con lágrimas en los ojos, ten compasion de mí...

Y arrancándose violentamente de las crispadas manos que la retenían, salió anhelante las gradas que conducían á la galería, cayendo sin fuerzas en el sillón, qué momento antes ocupaba para escribir. Cárlos se sentó á su lado, pálido y sombrío.

—¡Amado de mi alma!, murmuró Emilia, pasando con casta é infinita ternura su fria mano sobre la frente ardorosa del jóven. Cárlos se estremeció, como si despertara bruscamente de un sueño; se apoderó de aquella blanca y delicada mano, y cayó de rodillas á los piés de Emilia.

Te amo, te amo, exclamó violentamente; pero mi frenesí se estrellará siempre contra su dureza de mármol.

—¡Calla!, le murmuró su amada, rozando con sus labios su ondeada y suave cabellera. Tú no crees eso; no, no puedes creerlo, puesto que sabes que te pertenezco, que soy tuya... tuya para siempre... Y ahora, continuo la jóven con voz quebrantada por la emocion, vete, Cárlos, vete, déjame pensar en tí casta y santamente.

El jóven se puso lentamente en pie: su mirada envolvió á Emilia con los efluvios de su pasion infinita, y se lanzó fuera murmurando con acento ronco y ahogado:

—¡Te espero!

Emilia cayó de rodillas, sacudida aun por la valiente lucha de que habia salido victoriosa; y permaneció así, abismada en su felicidad, pensando en Cárlos, pensando en Luisa, esos sus dos únicos amores sobre la tierra, que se enseñoreaban, que se disputaban su corazon sin contrapeso!

VII.

El frio de la madrugada, la sacó por fin, de sus deliciosos ensueños; levantó la cabeza, arrojando á su alrededor una mirada atónita; el recuerdo de la realidad, trajo sobre sus labios una sonrisa de inefable dicha. Se puso de pié, y se dirigió lentamente á la habitacion de Luisa, por donde debia pasar á la suya.

—Hoy descubriré el secreto de mi corazon á mi ángel adorado, se dijo deteniéndose un instante en el dintel de la entornada puerta. De este modo, no empañará una sola nube mi felicidad...

Y se interrumpió inquieta: un doloroso jemido habia llegado hasta ella . Escuchó atentamente...

—¡Luisa! Exclamó, precipitándose al blanco lecho de la niña, alumbrado débilmente por los últimos y pálidos resplandores de una lámpara, que pendía del techo. ¡Luisa! Repitió con agitacion, al notar sus megillas enrojecidas por la fiebre, y el desórden del delirio, revelado por el que reinaba en la ropa de la cama.

—No, no será nada, se dijo luego, ara tranquilizarse. La fatiga de estos dias de arreglos, ha exitado más su delicado sistema nervioso. ¡Pobre ángel mio!

Al inclinarse sobre su hija para cubrirla, notó que tenía fuertemente enlazadas sus manos, estrechando su desnudo y naciente seno. Procuró cambiarla de actitud, y tal separarle las manos, rodó al suelo un objeto que tenía entre ellas. Emilia se bajó para recogerlo: un último resplandor de la lámpara alumbró el retrato de Cárlos, húmedo aun con los besos y las lágrimas de Luisa!... La luz estalló en el cerebro de la desgraciada madre. ¡Luisa amaba á Cárlos!...

—¡Mamá!, murmuró la niña, con la estraña entonacion que da el delirio. ¿Eres tú?... ¡Te he llamado tanto!... Mira: quiero que se perdones, porque no he sido franca contigo... Oye, óyeme, mamá... No era de tu cariño que yo estaba celosa... era de su amor... ¡Cuánto he sufrido mientras creí que él te amaba!... Pero se ausentó... Dime, ¿no es verdad que el que ama no se ausenta?... Seré feliz, como me lo dijiste. ¿Verdad?

Emilia, arrodillada á los pies de la cama, tenía oculto el rostro entre las sábanas, que sus pequeños y blancos dientes despedazaban mientras pasaba por su cerebro y por su corazon, algo que, entre los sufrimientos de la vida, no tiene nombre.

Luisa, fatigada por el esfuerzo que acababa de hacer, cayó de nuevo sobre su lecho, entregada al sopor de la fiebre.

¿Cuánto tiempo pasó desde entonces hasta el momento en que la luz radiante del sol, que bañaba la habitación, arrancó á Emilia de la postura que habia conservado? Ella no sabia decirlo; pero por el cambio rápido y doloroso de su rostro, podria creerse que habian transcurrido años.

Con el paso rígido y mecánico de un autómeta, se dirigió á la cabecera de la cama. Un sollozo desgarrador levantó su seno... Inclínose rápidamente, y sus labios frios y convulsos, depositaron un largo beso sobre la frente de su hija...

Media hora despues, partia un criado á todo escape á la ciudad, conduciendo estas líneas:

—"Venga U., Cárlos, venga U., por Dios, sin pérdida de un instante".

VIII.

Emilia supo encontrar, en el inagotable tesoro del amor de madre, palabras balsámicas para adormecer la excitacion dolorosa que sufría su hija; y al caer la tarde de aquel eterno dia, pudo Luisa, al fin, cerrar su párpado, sonriendo tiernamente á su madre.

En aquel momento sintió Emilia paralizarse los latidos de su corazon: el sonoro paso de un caballo, resonó sobre el enlozado del patio.

—Señora, anunció un criado, entreabriendo con precaucion la puerta; D. Cárlos espera á U. en la galeria.

Emilia se llevó las manos al pecho; cerráronse sus ojos, y la palidez de un cadáver se extendió por su rostro...

Momentos despues, Cárlos retrocedia á su aspecto.

—¡Cállate!, murmuró la jóven: yo estoy buena... es mi Luisa la que...

Y sin terminar la frase, cayó desplomada sobre aquel mismo sillón, testigo la víspera, de tanta dicha, de tantas ilusiones. Cárlos se apoderó ávidamente de sus dos manos.

—¡Oh!, exclamó con ansiedad; pero, es á ti... á ti, amada mia, á quien devora la fiebre...

—Eso debia suceder, Cárlos...

He pasado horas terribles á la cabecera de la cama de mi hija.

—¿Luisa está, pues realmente mal?

Emilia levantó su agobiada cabeza: su mirada brillante se clavó en Cárlos.

—Luisa te ama, dijo con sublime sencillez: solo tu amor me devolverá á mi hija.

Cárlos temió que el delirio se hubiese apoderado de su amada. Se puso de rodillas á sus pies, y sin abandonar sus manos, le dijo con ternura infinita:

—Vuelve en ti, ángel adorado, vuelve en ti... ¿No comprendes el sufrimiento que me despedaza?

Emilia dejó caer la frente sobre el hombre de su amado, y lloró... lloró como se lloran las últimas lágrimas que deben vertirse sobre la tierra...

Cárlos, presa de una ansiedad sin límites, respetó aquel llanto.

—Y ahora, dijo Emilia, levantando su frente, con una expresión de voluntad y decisión sobrehumana, ahora que sé hasta que punto soy amada,... ahora que estamos seguros de nuestro amor... es en su nombre que exijo de ti una promesa... mas que eso aun... el juramento de hacer la felicidad de mi hija.

Y sin dar tiempo á Cárlos para explicarle situación semejante, lo condujo rápidamente por la mano, hasta el pié del lecho de adolescente.

—¡Qué bella es!, murmuró Emilia, juntando las manos. ¡Cárlos!... ella es digna de U.

Luisa abrió lentamente los ojos: su mirada incierta, se dirigió á su madre; en seguida se fijó en Cárlos... Un grito se escapó de su pecho, y procuró incorporarse.

—Sí, es él!, le murmuró Emilia al oído, mientras la estrechaba convulsivamente entre sus brazos; es Cárlos que viene á decirte que, á su vez, también te ama... ¿ Lo oyes, ángel mio?... Vivirás, ángel adorado... vivirás para ser feliz.

La escena era demasiado violenta. Cárlos cayó sobre una silla y Emilia desplomada sobre el lecho de Luisa, que, con los ojos fijos en el cielo, lloraba de felicidad.

IX.

Ha transcurrido un año mas de tiempo, cuando volvemos á reanudar nuestra relación.

Cárlos, después de otra prolongada ausencia, exigida esta vez por él, es esperado por Luisa, que ostenta sus espléndidos 15 años, cumplidos bajo el bienhechor influjo de la esperanza de su enlace con el elegido de su corazón.

Mientras tanto, la suave y natural palidez de Emilia, se ha convertido en una blancura diáfana; su lujosa cabellera castaña, tiene abundantes hilos plateados; la dulcísima mirada de sus ojos, es seca y brilladora; pero ella sonríe siempre á su Luisa, y la oye extasiada de ventura, dejando vagar su dolorida mirada en el espacio.

—¿Crées, mamá, decía Luisa, que se ocupaba empeñosa en formar un lindísimo ramo, en un precioso florero de cristal, crees que hoy llegue Cárlos, como nos lo anunciaba en su carta?

—Y ¿por qué no, querida mía?

—¡Oh! si así fuese... ¿Vendría en el acto á vernos, ¿verdad, mamá?

—No lo dudo.

—¿Te parece bello el ramo que le destino?

Yo te aseguro que quedará contento.

—¡Cómo me palpita el corazón á la sola idea de tenerlo á mi lado!... Me parece que voy á experimentar las mismas impresiones que tuve aquella noche... ¿la recuerdas?... cuando me hallaba tan mala, y que tú, con tu dulcísima voz, me decías: Vive, ángel adorado, vive para ser feliz, pues Cárlos te ama... Pero tú nunca has querido decirme como pudiste sorprender un secreto que yo creía tan bien guardado en mi corazón.

—Lo que debía sorprenderte mas, mi Luisa, es haberlo disimulado tan largo tiempo á tu madre.

—¿No te lo he repetido ya muchas veces?... Se me puso en la cabeza que Cárlos era á ti á quien amaba...

—¡Oh!...

—¿Sabes cuando empecé á conocer mi engaño,... ese engaño que me hizo sufrir tanto? Pues fue cuando se ausentó Cárlos... Y duraba su ausencia; y yo notaba en que tú ponias tanto empeño para que yo lo amase... Entonces me decia yo: si fuesen ciertas mis sospechas, Cárlos no se hubiese alejado de mamá, ni mamá combatiría mis supuestas prevenciones contra él.

—Ya ves que acertaste en todo, dijo Emilia, apoyándose en una silla para sostenerse.

—Y tú, exclamó la jóven con ternura: has cumplido, como buena que eres, tus promesas: tenerme á mí por único amor sobre la tierra y hacerme feliz.

—Dios ayude mis intenciones! Murmuró Emilia desfalleciente.

—Lo único que ahora te pido, para completar mi dicha, continuó Luisa, es que abandones de una vez ese color negro, que me entristece tanto.

—Lo abandonaré, como te lo he prometido, el dia de tu matrimonio, querida mia.

—Y estarás tan bella como otras veces... ¿Te parece que vaya ya á cambiar de vestido, para esperar á Cárlos, que puede llegar de un momento á otro? Me pondré el último que me regalaste, y que tú dices que me viene divinamente.

Emilia le contestó con una sonrisa de asentimiento, y la feliz adolescente se dirigió á su tocador.

X.

Una vez sola ya, sacó Emilia con lentitud una carta que guardaba en su seno, y la desdobló despacio, vacilante, permaneciendo largo rato absorta, sin leerla. Sacudió su hermosa cabeza, con expresion de amargo desaliento, y recorrió estremecida las siguientes líneas:

"Emilia, á mi última y suprema súplica, la contestacion de U. se reduce á esta sola palabra: ¡Adelante!... Así pues, mi sacrificio está serenamente resuelto por U.; U. que con Luisa moribunda en sus brazos, supo sorprenderme, arrancándome una promesa... un juramento, del que abusa con frio cálculo, con refinada crueldad... ¿Y á esto llama U. abnegacion, Emilia? ¿y me recuerda U. la fe, el honor que acompañan á la palabra de un caballero? ¿Y U. ha dado publicidad estudiada á ese compromiso, arrancado por sorpresa, para hacer imposible á mi lealtad romperlo?... ¡Oh!... ¡y U. me juró que me amaba!... ¡Sarcasmo, mentira!...

Perdon, perdon, ángel adorado. ¿Sé acaso lo que por mí pasa?... Tus juramentos fueron sinceros, y á medida de ellos, tu sacrificio maternal no tiene nombre... ¡Mujer adorable! Tranquilízate: seré digno de marchar á tu lado, con la frente alta; ayudándote y siendo dichoso con la parte que me toque en labrar la ventura de tu hija... ¿Y no es ella la sangre de tu sangre? ¡Como no amarla!... Yo te probaré que obedeciéndote, soy solo esclavo sumiso de tu voluntad.

Pronto, muy en breve volveremos á vernos... No te inquietes: he ensayado durante este tiempo á mandar hasta sobre la expresion de mis ojos: ni tú misma podrás leer ya lo que pasa en las profundidades de mi alma...

Adios, Emilia, adios... Quedarás satisfecha, porque Luisa será feliz".

La jóven se llevó las manos á la frente, y permaneció inmóvil. De pronto, se dirigió resueltamente á una de las mesas, en la que, un magnífico candelabro sostenia varias bugias: encendió una de ellas, y quemó con mano firme, el último recuerdo de su amor.

XI.

El enlace de Carlos y Luisa, tuvo lugar ante poca pero escogida concurrencia, en una deliciosa mañana del mes de octubre. La embriaguez de la dicha, se retrataba en el encantador y virginal rostro de la desposada.

—¿Puede darse hombre mas feliz que Carlos? Se preguntaban los espectadores; y Carlos sonreía, y Emilia contemplaba á su hija en un santo é inefable arrobamiento.

Terminada la solemne ceremonia, los recién casados se despidieron de sus parientes y amigos, para emprender el viaje de placer que, según la expresa voluntad de Emilia, debía seguirse inmediatamente al matrimonio.

Solos ya, se arrodillaron á los pies de la madre; y Emilia, colocando sus enflaquecidas manos sobre aquellas jóvenes y hermosas cabezas, dijo con voz lenta y solemne:

—¡Dios vele sobre vosotros, hijos míos, y os haga dichosos!... Yd, pues, llevándoos mi amor y mi bendición.

XII.

La venturosa pareja, bebía á largos sorbos su felicidad en la poderosa y brillante capital de la República Argentina. Para Luisa, aquella vida era un continuado y dulcísimo ensueño; y Carlos, embriagado con la completa posesión de aquella alma ardiente y enamorada, se sentía subyugado por su mágica influencia.

En una noche de baile, al que debían concurrir ambos esposos, mientras Carlos saboreaba tranquilamente en su gabinete un riquísimo habano, esperando que Luisa terminase su espléndido tocado, el criado puso en sus manos una carta venida por el correo de Bolivia, y cuyas márgenes negras, impresionaron al joven Rasgó con precipitación la cubierta, y un suspiro de alivio se escapó de sus labios: acababa de ver incluidas dos cartas de Emilia, la una rotulada á él y la otra á Luisa. Tranquilo ya, empezó á leer la primera carta, que la firmaba un anciano y respetable tío de Luisa.

A las pocas líneas, Carlos lanzó un gemido ronco, y llevándose las manos al corazón, cayó anonadado.

La carta decía así:—

"Querido Carlos: La muerte de Emilia, mujer adorable por su bondad y por sus perfecciones, ha causado profunda sensación en nuestra sociedad, pero, á nadie ha tomado de sorpresa. Hace mucho tiempo que las personas que la amábamos, seguíamos con ansiedad, bajo su triste sonrisa, el desarrollo del mal que acaba de conducirla al sepulcro. ¡Ha muerto tísica! ...

¡Cuanta resignación y dulzura ha demostrado en sus últimos momentos!

—Yo me sentía morir, me dijo, y quise evitar á mi Luisa, la impresión de mi muerte: por eso exijí que partiese inmediatamente con su esposo; y me he opuesto hasta el fin á que U.U. les hiciesen saber mi estado, porque ellos no hubiesen podido remediarlo, y solo se habría conseguido amargar la dicha de que gozan... ¡Y la dicha es tan fugaz sobre este mundo!...

Sus postreras palabras fueron éstas:

—Que mi sacrificio no haya sido estéril, ¡oh, Dios mío! ... háglos completamente dichosos.

Las dos cartas que te incluyo, me las entregó momentos ántes de abandonar este mundo para volar á la eternidad"

.....

Y una hora despues, Cárlos acompañaba á Luisa á los espléndidos salones del baile, heróico contra el dolor que lo despedazaba, para que su esposa gozase aun, ignorante y confiada, de aquella última ovacion rendida á su belleza, antes de envolverla entre los severos pliegues de su negro vestido de duelo.

¡Eterna fue para Cárlos aquella noche! ...Cuando al fin pudo encontrarse solo, bien solo con su dolor y con sus recuerdos, se puso de rodillas, y solo así, en esa postura, se atrevió á rasgar la carta de Emilia... De entre sus dobleces cayó una camelia seca, que se deshizo en impalpable polvo al tocar el suelo.

¡Cárlos!, decia la moribunda: hoy seré feliz, yendo á descansar allí, donde Dios concede recompensas al alma que sufrió y lloró tanto sobre la tierra!... Mi espíritu velará por UU....¡te pedirá cuenta de la ventura de mi Luisa, que te la confié y que te lego!... No me lloren UU.... Les pertenece mi último aliento como les perteneció mi amor!!...

[Potosí— 1891](#)